

BIBLIOGRAFIA

del mismo; se ha reivindicado así el principio de autonomía y de libre expresión de la actividad científica, comprobando en su propia experiencia como en algunas ocasiones el permisivista código positivista puede llegar a convertirse en una auténtica bandera contestaria cuando no se respeta el mínimo ético indispensable que exige el desarrollo de cualquier actividad científica; y por último, haber desenmascarado, a pesar de su actitud convencionalista, la presencia de una metafísica incondicionada y transcendental, incluso en aquellos programas de investigación que se declaran taxativamente antimetafísicos y niegan sistemáticamente el principio de jerarquía entre las ciencias.

Sin embargo se debe señalar una limitación en el planteamiento crítico desplegado por el autor a lo largo de su investigación y que sin duda alguna constituye el precio que se ha tenido que pagar al positivismo hegeliano: el no haber contestado la contraposición excluyente que los hegelianos suelen hacer entre salvar lo particular en lo universal o alienar lo universal en lo particular. De este modo se acepta, al menos para el desarrollo del razonamiento práctico, la disyunción positivista: o paralizar terapéuticamente la dispersión de la iniciativa social, o fomentar ideológicamente un desorbitado activismo humanista con el fin de justificar el control dogmático de un uniformismo social. En este sentido "*La filosofía positiva*" no aporta una alternativa viable

que haga compatible la libre autonomía de la razón práctica con la inevitable subordinación que en todo momento debe tener respecto a la metafísica, y más si se trata de una metafísica dialéctico transcendental que impone la existencia incondicionada de un sujeto absoluto y de un orden de valores acriticamente aceptado. Ni tampoco se ofrece un código deontológico lo suficientemente coherente que sea autónomo respecto al desarrollo de la razón teórica y a la vez evite tanto la paralización de la metafísica por motivos terapéuticos como la instrumentalización de los resultados de la ciencia por motivos ideológicos. En conclusión Kolakowski nos describe la situación que adopta ante el positivismo "*el hombre sin alternativas*".

CARLOS O. DE LANDÁZURI

SARANYANA, José Ignacio, *Joaquín de Fiore y Tomás de Aquino. Historia doctrinal de una polémica*, con la colaboración de Ignacio Brosa y Francisco CALOGERO, Pamplona, Eds. Universidad de Navarra ("*Colección Teológica*", 22), 1979, 174 págs.

Joaquín de Fiore está de moda. Lo prueba el hecho de que se hayan publicado simultáneamente dos importantes monografías sobre su influencia doctrinal: la que comentamos, obra del Prof. Saranyana, titular de

BIBLIOGRAFIA

"Historia de la Teología" en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, y el primer volumen de un vasto estudio del P. Henri de Lubac sobre los epígonos joaquinistas, desde los orígenes hasta Schelling. También los conocidos *Beiträge* de Münster anuncian la reciente aparición de un trabajo de Schachten, comparativo de las doctrinas tomistas con las joaquinistas. Nadie piense, sin embargo, que 1979 haya sido acaso el "año joaquinista", porque le bastaría consultar cualquier índice bibliográfico especializado —la "Theologische Revue", por ejemplo, que tan acertadamente dirige Erwin Iserloh— para comprobar el constante e ininterumpido goteo de publicaciones joaquinistas iniciado poco antes de la II Guerra Mundial. ¿Por qué su constante actualidad? ¿A qué es debe la permanente atención que le presta la literatura científica desde hace medio siglo?

Saranyana afirma, en la "Introducción" a su libro, que late, en el particular y caprichoso acercamiento de Joaquín de Fiore a los hechos históricos, esa invariante gnóstica que a lo largo de los últimos veinte siglos ha emergido periódicamente aquí y allá. El gnosticismo, como se sabe, nunca ha dejado de estar presente: desde la gnosis cristiana y la gnosis pagana de los primeros momentos de nuestra Era hasta el actual pentecostalismo, su actualidad no ha decaído en ningún siglo. Así el maniqueísmo, los medievales cátaros, valdenses y albigenses, los brotes de begardis-

mo y beguinitismo heterodoxos, el fondo luterano de la Reforma, el pelagianismo y los puritanismo de todo signo, hasta acabar en los símbolos de la "tercera fase de la Historia", que se reconocen en Biondo, Turgot, Hegel, Schelling, Marx, Engels y en tantos contemporáneos nuestros como Hitler y Mussolini.

El gnosticismo, a pesar de sus mil manifestaciones distintas y en ocasiones aparentemente contradictorias, resume —siempre en opinión de Saranyana— una de las eternas aspiraciones del hombre: su deseo de poseer y dominar intelectualmente el misterio, cualquier misterio que se presente a su atenta mirada; y el afán de alcanzar la pureza definitiva, más allá del bien y del mal, merced a la cual superar irreversiblemente la propia y diaria experiencia del mal en sí mismo. Explicación racional y satisfactoria que aquiete completamente su expectativa de saber, que es lo mismo que erigirse en señor y hacedor de todo, pues sólo el que ha hecho la realidad puede aspirar al dominio perfecto de todos los secretos y recobecos de su propia obra; y superación, al mismo tiempo, de esa comprobación diaria y humillante de la propia debilidad e indigencia. Como se ve, el gnosticismo, al menos el así entendido, constituye una de las más refinadas sistematizaciones de la soberbia humana. Por ello mismo puede catalogarse como una invariante de todas las culturas, con su correlato de grandeza y debilidad que no puede menos que admi-

BIBLIOGRAFIA

rar y atraer la atención del historiador.

Pero no se agota aquí el interés del gnosticismo. También desde el punto de vista doctrinal-teológico, y no sólo desde la perspectiva de la Filosofía de la Historia, se ha podido hablar de la enigmática actualidad del joaquinismo (De Lubach). En él, en su actitud eclesiológica y en sus ideales proféticos algunos encuentran, o pretenden encontrar, la razón de una nueva esperanza o la explicación de unas incógnitas de futuro que resultarían así inteligibles. Son los que postulan o pronostican una futura edad "del Espíritu Santo" consistente en una Iglesia sin sacramentos, sin clero, dirigida por laicos, en la cual habrá —dicen— una nueva inteligencia, mucho más espiritual, de las Sagradas Escrituras o, incluso, una nueva pública revelación o "Evangelio Eterno". Son los que oponen radicalmente y en enfrentada dialéctica histórica una supuesta Iglesia carismática y una Iglesia jerárquica.

Por eso, estamos ante un libro que se lee con pasión por la actualidad de cuestiones que plantea, y porque las resuelve con un rigor investigador envidiable.

Joaquín de Fiore, "la más singular y fascinante figura del Medievo cristiano" —como lo ha caracterizado su historiografía—, nació en Célico (Italia) hacia 1130 y murió en 1202. Su vida transcurrió transida por un profundo y muy particular sentido religioso, que le llevó, primero a enrolarse en la II

Cruzada (1147-1149) y —después de una experiencia mística vivida probablemente en Constantinopla— a dedicarse con todas sus fuerzas a una nueva exégesis de las Sagradas Escrituras, según un método "concordístico" que él perfeccionó, y a consagrarse a Dios en el Cister (hacia 1160) y más adelante en la Orden Fiorense que él mismo fundó (1189).

Ya en vida fue un personaje ampliamente controvertido. Lo fue por los cistercienses, por haber abandonado la Orden; y lo fue también por la Santa Sede, que, después de un período inicial de favor hacia los resultados de sus trabajos escriturísticos, optó por exigirle la presentación de sus escritos a fin de proceder a la censura (1188). Sin embargo, sólo después de muerto fue condenado. El IV Concilio de Letrán (1215) anatemizó su doctrina trinitaria; y el Concilio provincial de Arlés (1263) proscribió el aspecto más fundamental de su obra: los resultados exegeticos de su método concordístico. Esta última vertiente de su doctrina, pero mucho más radicalizada, había sido divulgada por Gerardo de Borgo de San Donnino († 1276), y dio pie a las controversias eclesiológicas de París (desde 1254).

Santo Tomás tomó contacto con las corrientes joaquinistas con ocasión de las controversias eclesiológicas y escatológicas parisinas. Y tuvo que intervenir muy activamente en ellas para defender la subsistencia y razón de ser de las Ordenes mendedicantes gravemente comprome-

tidas en el fragor de la polémica. Pero, al mismo tiempo, y en diversos lugares de su amplia y dilatada producción literaria, el Angélico trató muy a fondo la particular concepción joaquinista de la Historia de la Salvación y llevó a cabo una crítica solapada, pero implacable.

Por todo ello, y a tenor de los hechos, la obra que analizamos se configura en forma de tríptico: Joaquín (su vida, obra y condenas posteriores a su muerte), las polémicas parisinas, Tomás de Aquino (argumentos desarrollados contra la doctrina joaquinista). Al hilo de su estudio, el autor procura también tomar posición en algunas discusiones de la crítica histórica si el Fiorense fue o no realmente triteísta; en torno a la cuestión de la autoría del *De Unitate* condenado en el IV Concilio de Letrán; y a propósito de la supuesta división joaquinista de la Historia en tres etapas o períodos, que se corresponderían biunívocamente a tres revelaciones de cada una de las Personas divinas.

Esta excelente monografía ha sido posible merced a la colaboración del Dr. Francesco Calogero y del Dr. Ignacio Brosa. Es fruto, por consiguiente, de un trabajo de años, llevado a cabo en equipo en el seno del Seminario de Historia de la Teología medieval, que dirige el Prof. Saranyana. El primero de los dos colaboradores estudió a fondo la biografía del Abad calabrés y la reacción anti-joaquinista de Santo Tomás. El segundo de los investigadores

asociados a este trabajo se encargó de revisar los resultados del Dr. Calogero, de completar la bibliografía y de profundizar en la doctrina trinitaria de Joaquín y en las condenas del Concilio provincial de Arlés.

J. LUIS FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ

SPANG, Kurt, *Fundamentos de retórica*, Pamplona, EUNSA, 1979, 278 págs.

Aunque *Fundamentos de retórica* esté concebido más específicamente para filósofos, periodistas y publicitarios, posee una innegable utilidad para el filósofo, dado que el "arte del buen decir" es o al menos debería ser del dominio de todos, cualquiera de todos los universitarios. Además el libro ofrece una iniciación a las técnicas de argumentación, ámbito este de especial interés filosófico.

El libro consta de 2 partes subdivididas en 7 y 3 capítulos respectivamente. La primera parte, de índole histórico-teórica, reviste indudablemente un especial interés; la segunda, presenta un repertorio de recursos retóricos tanto literarios como publicitarios y un esquema para la identificación de figuras y tropos en un texto. Al final se añaden una bibliografía, varios índices de materias y uno onomástico.

El primer capítulo de la parte histórico-teórica intenta un rápido esbozo de la evolución de la retórica desde los inicios